

El joven Milani, recién ordenado sacerdote, escribe este 2º artículo de su vida con el estilo narrativo y concreto con que escribió el primero un año antes (cf. p. 15) en la Italia de la posguerra

UN MILANI CONTRA LOS DESAHUCIOS

“Navidad 1950. Para ellos no había sitio”

Lorenzo Milani*

Había una vez un rico que tenía tres grandes casas.

Vivía en una nación pobre.

Una nación donde ocho hijos de cada diez conocen desde pequeños toda la vida conyugal, porque su casa es de una sola habitación y toca una cama a cada dos o tres personas.

Donde muchas hermanas conocen de cerca a sus hermanos y alguna hija a su padre. Donde los novios retrasan la boda años y años. Hasta que un día se ven obligados a casarse de prisa porque ya son tres y así se adaptan también ellos a no tener ya ningún secreto íntimo para los demás de la familia.

Donde quien tose desde hace años duerme con los niños todavía sanos, pero sanos por poco. Donde se discute y se odia y no se consigue convivir sin odiarse, porque ya es bastante gordo no tener ni un agujero donde poder decir: “estamos solos”.

También Jesús tendrá compasión de este odio. Su madre, la noche de Navidad no quiso ir a la posada: “Mejor un establo que

cohabitar”, ¡lo dijo la Virgen!

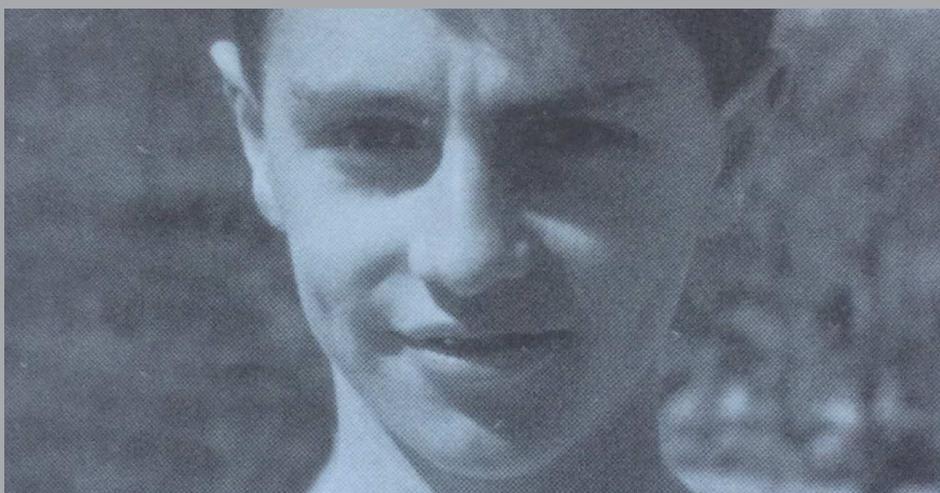
Ya lo creo, Señor: No tener casa es peor que no tener pan.

Después de la guerra, de las tres casonas que tenía aquel señor le quedaron vacías dos, y él con su silenciosa familia no consigue animarlas. Parecen muertas.

En otra han entrado los pobres (sin permiso).

Se acomodaron en las habitaciones demasiado grandes y frías (cuando no hay leña). Los hermosos techos ahora sudan de humo. Las sillas imperio, que eran un recuerdo muy querido de la condesa madre, tienen todas alguna pata rota, arreglada con alambre.

El gran fresco de la entrada, que por su valor histórico y artístico lo reproduce hasta el Venturi (vol. VII), tiene una mancha de grasa precisamente en la cara. Y los chicos cuando vuelven del trabajo, apoyan en él las bicis despreocupadamente. Lo tienen todo rayado. Hay hasta una palabrota escrita con carboncillo.



C
A
S
O

a
b
b
l
e
r
t
o

Y, sin embargo, a pesar de todo, el cura, cuando va allí para la bendición de Pascua, ríe de alegría y manda siempre un furtivo gracias al Padre de los cielos que ha bendecido la gran casa inútil. “Ha hecho fecunda la estéril”. Quién sabe si algún rico, allí abajo, en el fuego, no siente algún alivio ahora que su casa redimida sirve para algo.

Luego vino el 18 de abril [1948, primeras elecciones democráticas; dieron mayoría absoluta a la Democracia Cristiana].

El cura abrió los ojos al mundo y vio perfilarse próxima la amenaza de los enemigos de Dios.

Entonces gritó fuerte, como las madres en defensa de sus polluelos; los llamó a su alrededor y los cubrió con sus alas.

También el rico tuvo miedo y ayudó al cura a salvar sus polluelos de los enemigos de Dios.

Así el gran mal fue conjurado y cada uno pudo volver a soñar cosas hermosas, victorias sobre los otros males.

Entre todos los sueños, sin embargo, el más hermoso fue el de Fanfani.

El hermoso sueño de Fanfani, tras mil dificultades, poco a poco se ha hecho cimientos y paredes, ha subido hasta el segundo piso y dentro de poco tendrá tejado.

En la mesa del alcalde ya están dispuestas las solicitudes: una montaña.

Todos los papeles parecen iguales. Negro sobre blanco, pero cada uno es un mundo.

Cada uno destila lágrimas y sangre, enfermedad y escándalo, rencor y desesperación.

Los papeles son ochenta, pero la casa es sólo una. La mayoría se quedará sin ella.

No importa, con tal que estemos en camino y poco a poco disminuya ese gran montón de dolor de encima de la mesa del alcalde (aunque no bajará nunca porque el Buen Dios ha mandado también este año a Italia 500.000 niños más que los muertos. Y Dios sea bendito por haberlos mandado).

No importa. la primera casa de los pobres está casi acabada. Es un amanecer de esperanza. Dios sea bendito porque no nos abandona.

También yo, cura, estoy contento.

Incluso porque ayer al pasar vi a Vasco, albañil de la casa Fanfani. Hacía más de un año que estaba en el paro. Tiene ocho hermanos en dos habitaciones además del padre y la madre.

Y ahora está trabajando también él para realizar el bonito sueño de los pobres.

Cada pala de arena que lanza a ese bidón que da vueltas debe parecerle la casa de cuando será marido.

Es bonito el trabajo cuando se ha estado mucho tiempo sin él.

Pero trabajar para hacerse la casa es el más hermoso de todos los trabajos.

Hoy ha venido Roberto a revisarme el fogón. Es uno de los que ocupan la casona. Es muy bueno.

Piensa que con todo lo que ha padecido (cinco meses en cama, de los que la Mutualidad – ya sabes – sólo le reconoce tres), y aún no está bien, ha hecho una cosa tan hermosa que al contarla me dan ganas de llorar.

Tiene tres niñas pequeñas.

Ahora se le ha muerto una hermana, dejando seis niños sin padre.

¿Sabes lo que él ha hecho con sus hermanos? No han querido que los llevaran al hospicio y se los han repartido.

El ha cogido dos chicas (hubiera cogido muy contento al niño, pero ¿cómo iba a meterlo en la cama con las niñas?).

Total, que ahora hay que llenar cinco bocas y, con la mujer, seis.

Logrará que le paguen los puntos por todas; se lo han dicho en Previsión (pero harán falta seis meses para lograr respuesta de Roma, si no tiene conocidos).

Serán 48 liras por persona: medio kilo de pan...

No importa, se ocupará el Buen Dios.



Ahora la vieja casona reluce hasta de noche de cómo la has bendecido, Señor.

Pero, ¿qué pasa? ¿Por qué hoy me mira mal Roberto?

“¿Qué pasa, Roberto?”.

Me muestra sin responder un papel.
¡Papel timbrado!

Cuatro páginas apretadas escritas a máquina. Comienzan más o menos así: “El Juez de Prato, vista la instancia de N. H. Celso M. ...que tiene una casa de su propiedad...”

No leo más, Señor; quisiera gritar, pero me callo, porque me avergüenzo del 18 de abril.

Quisiera correr a romper la cara a alguien, pero me estoy quieto porque no son maneras.

“¡Para la pala, Vasco! ¡No trabajes más! Te han engañado. No pagues más tu cuota. Te han robado”.

La casa (si todo va bien) será de Roberto, porque está desahuciado y los desahuciados van primero. Si tiene la suerte de cogerla, por cuatro habitaciones (que para él son pocas, porque los dormitorios se le quedan en dos sólo) pagará 52.800 liras al año (que para quien hace siete partes de un solo sobre son muchas, demasiadas).

¡Ahí está tu trabajo! Bonitos sueños. Has trabajado para desocuparle la villa a un señor.

Para un señor que la tendrá vacía once meses al año, has arriesgado tu vida en los andamios.

Para un señor que tiene otras dos vacías, has apartado la cuota de tu ya escaso sobre de albañil.

¿Quién ha sido?

“¡Ha sido el Papa!”

“¡No digas eso, Vasco. No sabes lo que dices. Toma, mira, lee aquí. Esto lo ha escrito el Papa hace 59 años. Es como el Evangelio.

Dice que la propiedad tiene dos funciones: una social y otra individual.

Que la social debe preceder a la individual cada vez que se violan los derechos

del hombre”.

“Y entonces, ¿por qué no les decís estas cosas a todos desde el altar?”

“Las diré, Vasco, las diré, Roberto. Os lo prometo. El domingo las gritaré fuerte. Veréis. Todos los cristianos estarán con vosotros. Será un plebiscito. Haremos una barrera en torno a la casona. Nadie os echará. Iremos con carteles. ¡Con el estandarte de la Iglesia, como a la procesión!”.

Así que el domingo hablé.

La iglesia estaba llena (gracias a Dios no me puedo lamentar por ahora). Enumeré los grandes derechos humanos (vida, casa, trabajo...). Sin embargo, de la propiedad dije que sólo es derecho cuando es garantía de esos otros derechos: delito, cuando los viola. Cité a León XIII y a Pío X.

Leí las cifras de la tragedia de viviendas. Para volver a antes de la guerra harían falta ocho millones de habitaciones y, luego, volver a empezar enseguida, sin respirar, para contentar a los recién nacidos y a los nuevos esposos. Pero antes de la guerra (1,42 por habitación) ya estaba mal, monstruoso, amontonados unos sobre otros. Porque las medias son traidoras, mezclan al más de los ricos con el menos de los pobres, como si igualaran. Así pude demostrar que en Italia, en cuanto a las casas, hace ya muchos años (y cada día más) que estamos en la famosa ‘extrema necesidad’, que hace ‘todo común’.

Entonces dirigí la mirada hacia mi pueblo cristiano.

En vano busqué una señal de asentimiento en alguien. Había un silencio de tumba.

Vi rostros duros, como si los hubiera ofendido.

Señor, ¿acaso me he equivocado de Iglesia? ¿No es mi iglesia de pobres? ¿No son todos jornaleros, *nadatenientes*, obreros semiparados? ¿No son las víctimas, Señor?

Tienen el rostro duro como si estuvieran ofendidos en lo suyo. Como si poseyeran villas.

Ahora es tarde ya y nadie ha venido a decirme que tengo razón.

Uno que ha venido me ha dicho que



el señor Celso ha sido demasiado bueno. Hace cinco años que tiene a estos vagos sin percibir alquiler. ¡Y ha puesto hasta la luz!

Me gustaría responder que ha sido astuto, que si no, con el atasco que hay no los habría podido desahuciar aún.

Pero me callo para no ser malo.

Otro ha venido a decirme que el señor Celso ha hecho más que su obligación: ha dado (dicen) hasta el terreno para las casas Fanfani.

Me gustaría responder que el terreno para las casas de los pobres no se puede dar, porque ya es de los pobres antes de darlo. Pero me callo para no ser mal entendido.

Me gustaría gritar que para llamar MIA a una mansión vacía hoy en Italia no basta “dar” un poco de tierra (del Buen Dios), no bastaría ni siquiera construir cuatro casas nuevas y “darlas” a los cuatro jornaleros que se desahucia. Tal vez, si uno hiciera esos ocho millones de habitaciones, quizá entonces podría decirlo, aunque sólo durante una hora, si el buen Dios aún envía los niños que ha enviado estos años. Y si el Gobierno no se decide a construir...

“¿El Gobierno? – me ha dicho otro que es un católico notable y me habla como a un pobre niño –, usted va muy deprisa. Me gustaría ver cómo se las arreglaría si estuviera en el Gobierno...”

¿Si estuviera en el Gobierno? Llevaría la nación a la ruina en dos días, si fuera necesario, con tal de no pecar contra mis hermanos.

Y además, ¿cuál es la realidad? ¿Que hacen falta cantidades, préstamos, quién sabe qué para dar las villas vacías? Basta un rasgo de pluma. Una firma que el Buen Dios ha hecho ya hace mucho tiempo.

Que si vosotros no lo hacéis deprisa, lo harán esos otros, pero con sangre y no con tinta.

Pero basta, ahora basta. No comprendo

cómo puedo estar solo hoy que he hablado en su favor.

¿Por qué, Señor, este levantamiento de escudos?

¿Es una educación equivocada?

¿Es culpa de los curas?

¿O me equivoco yo? ¿Acaso he dejado la sana doctrina y he seguido una polémica interna más que una indignación sacerdotal?

Ahora ha pasado otro día y otra noche.

He reflexionado, mientras, en una palabra. La primera que oí el domingo nada más llegar a la sacristía al salir de aquella iglesia hostil. Fue el monaguillo (doce años): “No, don Lorenzo, ¡a mí

no me va! Así que, si tuviera una casa mía, ¿no iba a poder echar fuera

de mi casa a quien yo quisiera?”

Y luego otro me dijo: “¡...si hasta un niño de pecho dice MIO!...”

Ah, ya, es precisamente esto.

Está en ese MIO el misterio del pobre que defiende al señor.

Es siempre la bestia humana la que aflora. He sido tonto al descuidarme. ¿Y no es siempre así? ¿No está dentro siempre el enemigo del I, II y VI mandamiento? ¿No es ésta la lucha mía y nuestra de siempre?

Ahora ya no tengo miedo; tengo confianza. Hay pocos cristianos.

Aquí como en todo, como en la pureza, como en el perdón.

No importa.

Hemos vencido otras muchas, venceremos también esta vez con tu ayuda”.

* Publicado en la revista *Adesso* 15.12.1950 que fundó el conocido sacerdote progresista, don Mazzolari

Cf. *Dar la palabra a los pobres. Cartas de L. Milani* (ACC, Madrid 1955) 21-25.

...
*En la mesa
 del alcalde ya es-
 tán dispuestas las so-
 licitudes: una montaña.
 Todos los papeles parecen
 iguales. Negro sobre blanco,
 pero cada uno es un mundo.
 Cada uno destila lágrimas
 y sangre, enfermedad y
 escándalo, rencor y
 desesperación*
 ...